

LA LUCHA FEMINISTA: NUEVOS Y VIEJOS PROBLEMAS HISTORIOGRÁFICOS

Dr. Edison Ortiz González

Universidad de Santiago de Chile y Universidad Alberto Hurtado

Correo electrónico: edison.ortiz@usach.cl

Resumen

Durante el presente año ha estallado con mucha fuerza el movimiento feminista chileno que, con matices y ribetes, ha copado la agenda política chilena del primer semestre en el contexto de un vacío de poder institucional que solo es reactivo antes las nuevas demandas. La lucha feminista, con todas sus particularidades, se inscribe, como otros movimientos de reciente data, en el contexto de la crisis de los actores históricos tradicionales y el surgimiento de protagonistas concretos, portadores de demandas particulares, pero muy realistas que interpretan, en una sociedad muy fragmentada, a actores específicos. En ese escenario cabe preguntarse, como ya ha ocurrido con otros movimientos y protestas que luego de un periodo de auge se debilitan, si la lucha feminista más bien se inscribe, como otras demandas, en una crítica general al modelo patriarcal violento heredado y a su forma específica más contemporánea de dominación: el neoliberalismo.

Palabras clave: *feminismo, modelo patriarcal, violencia institucional, educación, movimientos, neoliberalismo.*

Abstract

The Feminist Struggle, New and Old Historiographical Problems

During the current year, the Chilean feminist movement has broken out with great force, with shades and edges, has taken over the Chilean political agenda during first semester within a context of an institutional power vacuum that is only reactive before the new demands. The feminist struggle, with all its peculiarities, is inscribed, like other movements of recent date, in the context of the crisis of traditional historical actors and the emergence of concrete protagonists, bearers of particular but very realistic demands that they interpret, in a very fragmented society, to specific actors. In this scenario it is worth asking, as has already happened with other movements and protests that weaken after a boom period, if the feminist struggle is inscribed, like other demands, in a general criticism of the inherited violent patriarchal model and its form more contemporary specific of domination: neoliberalism.

Keywords: *Feminism, patriarchal model, institutional violence, education, movements, neoliberalism.*

El Modelo Patriarcal Nuevamente al Banquillo

Se suceden las tomas y las marchas feministas por todas partes. En las universidades, facultades y liceos se vive nuestro propio mayo 68' en versión rostro de mujer. Un movimiento soterrado que venía de un buen tiempo a esta parte y que, en el contexto de la asunción de un gobierno conservador, como ya sucedió en 2011, pareciera ser la escenografía perfecta para su destape.

Por otro lado, los tradicionales sujetos históricos ya cansados y reiterativos dejaron hace mucho tiempo de ser la novedad, poco aportan, y ya son varios los que piensan, incluidos no pocos referentes del recién estrenado Frente Amplio (FA) que el clivaje derecha-izquierda que marcó toda la historia política de nuestro corto siglo XX no tiene vigencia histórica. Como diría Jesús Millán “el proceso general y preferentemente político que solía, aún no hace mucho, ser la historia se ha poblado de un creciente número de protagonistas, además acompañados de un grado de concreción que parecía estar excluido como norma” (Millán, 2002). En efecto, durante los últimos años los chilenos hemos visto aflorar toda clase de movimientos específicos que, sin embargo, han gozado de mucha resonancia mediática: los movimientos ambientalistas como Patagonia sin represas, los regionalistas como los de Puntas Arenas, Coyhaique o Calama; aquellos que reivindican la aceptación de la diversidad sexual, NO + AFP, las abortistas, aquellos que luchan por el reconocimiento de la identidad de género o, más recientemente la irrupción pública de las reivindicaciones femeninas en el contexto de una sociedad patriarcal muy conservadora. En ese sentido la reconstitución de la historia de las mujeres a partir de la década del sesenta y la reconstrucción de “la dimensión social del género” han sido fuertes alicientes para incentivar el desarrollo de la perspectiva de género en la historiografía.

La perspectiva de género tiene un notable desarrollo hoy, aunque no siempre fue así. En la izquierda tradicional, y salvo contadas excepciones, la mujer trasladaba su rol de mujer de la casa al partido: seguía siendo la dueña de casa en los eventos partidarios, la que acompaña al varón, y al candidato (el eterno Allende), silenciosa durante las campañas (García, 1998). Incluso aún, durante la Unidad Popular, la mujer sigue estando más bien supeditada a la gran contradicción entre el capital y el trabajo. Recién en 2010 uno de los líderes de más peso intelectual de aquella época – Carlos Altamirano - reconocerá el rol de los movimientos sociales, entre ellos el feminismo, en la creación de una nueva izquierda (Salazar, 2010). Sin embargo, el ascendente rol de la mujer en la sociedad chilena ya se venía gestando desde inicios del siglo xx con la fundación en 1922 del partido cívico femenino liderado por Estela La Rivera, y en especial a partir de la extensión del voto femenino en las municipales de 1935 y luego en las presidenciales de 1952 donde el candidato vencedor –

y su slogan de la escoba barriendo – cumplió un rol significativo en la interpretación de ese nuevo elector que fue clave en la elección de Ibáñez del Campo.

Empero, la visibilización de las luchas políticas de la mujer cobrará mayor significación durante la dictadura en los años 80' y la constitución de diversos movimientos feministas como el Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (Codem), el Movimiento Mujeres de Chile (Mudechi); la Unión Chilena de Mujeres (UCHM) o el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena, MEMCH 83. Se considera que un acto emblemático fue el ocurrido en el Caupolicán en 1983 y que reunió a cerca de diez mil mujeres (López, 2016).

El movimiento feminista, como tantos otros, que tuvo un rico desarrollo en los años postrimeros de la dictadura recayó a inicios de la transición – recordar que Aylwin nombró a una sola ministra mujer, de raigambre muy conservadora: Soledad Alvear - y las agendas sectoriales debieron subordinarse al gran objetivo de la normalización del país y del crecimiento macroeconómico (Boeninger, 1997).

Durante los gobiernos de la transición, en especial los de la concertación, la agenda de género o se postergó o solo quedó circunscrita a la variable de los gabinetes y la paridad de género. La elección de Michelle Bachelet en 2005 y la constitución del primer elenco ministerial par no cambió mayormente las prioridades de la agenda y el feminismo siguió siendo un tema postergado pese a la aparición de las Bachemelenas, situación que se reiteró en su segundo mandato presidencial.

La explosión de la agenda feminista desde comienzos de la actual administración ha sido un fenómeno, inesperado en el contexto de un gobierno de derecha que triunfó por amplio margen en la pasada elección presidencial y pone un desafío en la agenda política.

El Feminismo en el Contexto Actual

Es difícil escribir sobre el feminismo sin manifestar antes, y no sin una cierta pose progre, que también somos partidarios de sus legítimas demandas. En un ambiente recargado por las vociferantes redes sociales, hay que andarse precavido por la vida para no aparecer como retrógrado.

Pero es cierto que la causa de la emancipación de las mujeres del dominio patriarcal y de las violencias y acosos que sufren es justa y en muchos sentidos irrefutable. Al punto de que el propio Piñera, de impronta machista, y el sector más liberal de su gobierno, realizan un intento a estas alturas algo desesperado por “no entregar la agenda feminista gratis al mundo progre”. Se ha hecho cargo parcialmente de ella (con la excepción significativa de la educación no sexista) en una maniobra que puede concluir mal, o al menos con letra chica, como se puede percibir en la iniciativa que pretende que los hombres (y no las utilidades impúdicas de las Isapres) financien la igualdad de género en el costo de la salud.

La muy positiva instalación de la agenda de género, como casi siempre ocurre con los temas complejos, tendrá diversos ribetes simplificados al extremo y dejará pasar por alto, por ejemplo, el hecho de que también hay mujeres violentas y acosadoras y que, al igual que muchos hombres, hacen abuso de sus menos frecuentes posiciones de poder. El abuso que se hace a veces con la custodia o cuidado personal de los niños y sus padres es un nítido ejemplo de ello. Y es que, en un ambiente rarificado, con una institucionalidad por el suelo, donde ni el gobierno ni la oposición tienen control de la agenda pública, resulta casi natural que las redes sociales y quienes se sienten llamados a constituirse en los nuevos referentes, avalados por demandas históricas, tomen el toro por sus astas y estallen viejos y nuevos problemas de una sociedad que ha acumulado brutales tensiones a lo largo de su historia. Ya fue el caso del notable rol de la mayoría de la iglesia en los años de dictadura, pero que hizo que en democracia la incipiente evidencia pública de los desvaríos morales del catolicismo, que contaron con la complicidad de la sociedad patriarcal tradicional, en particular en la dictadura, se siguiera acumulando al punto de que, como hemos visto, alcanzara altos niveles de putrefacción y que la historia terminase como concluyó.

En esta nueva escenografía, no tienen cabida los liderazgos políticos tradicionales como el que pretende enarbolar el panzer Insulza (pese a sus esfuerzos), ni aquellos que se vanagloriaban, con o sin razón, de ser parte de una generación de políticos estadistas: ¿dónde están los Andrés Allamand, Carlos Montes o Francisco Huenchumilla?

Hoy, a falta de legitimidad democrática suficiente de la mayoría de los representantes institucionales, impera la vociferante calle. Ella tiene nuevos y viejos protagonistas: los/las voceros/as de las tomas y asambleas, por una parte, y figuras como Jacqueline Van Rysselberghe, el diputado Urrutia y sus frases para el bronce. Es ahora el tiempo de Florcita Motuda, Pamela Jiles y Joaquín Lavín - ¿se han dado cuenta que casi todos los días aparece por cualquier minucia en algún canal de TV (de preferencia el Mega) –, así como del outsider José Antonio Kast.

A falta de una agenda política, y de una solución estructural a demandas acumuladas por años, cada cual está llamado/a ser protagonista de su propia historia en un contexto en que ha imperado una violencia de larga data como nuestra historia la ha refrendado en un sinnúmero de oportunidades.

De Vuelta al Colegio: Repasando Nuestra Violencia Histórica

Álvaro Jara, inspirado en la vieja escuela de los *Annales*, escribió en 1961 un texto premonitorio, “Guerra y sociedad en Chile”, donde enfatiza el carácter bélico de la sociedad que se construye a partir de la ocupación española. Algunas de las frases de aquel texto son memorables: “las formas bélicas no pueden ser ajenas al devenir del resto de la realidad histórica. En el Chile de los siglos XVI y XVII sería difícil no percibir la absorbente temática bélica que parece dominar toda la sociedad. La guerra está presente en las crónicas, en los

poemas, en las relaciones y en los documentos. Es un motivo constante dentro de esta sociedad estructurada por la violencia, en cuya conformación el elemento conquistador jugó un rol decisivo. De ahí que el estudio del ejercicio de la violencia y de sus transformaciones históricas ha parecido interesante e imperativo” (Jara, 1981).

No es casual, entonces, que los cronistas de la época comparen la fisonomía del territorio nacional con “la vaina de una espada” y que el orden institucional alcanzado finalmente luego de la independencia, la construcción portaliana, se hubiese impuesto sobre la base de la violencia y el exterminio de la generación independentista (Ortiz, 2016), o que en el siglo XIX cada generación hubiese vivido su propia guerra. En ese escenario tampoco resulta casual que el principal *best seller* hoy sea precisamente “Un veterano de tres guerras”, que retrata la guerra del Pacífico, la muy violenta “pacificación de la Araucanía” y la cruenta guerra civil de 1891, en la que luego del desenlace el cadáver del presidente Balmaceda tuvo que ser escondido para no ser sometido a escarnio (Parvex, 2015).

Y ni hablar del siglo XX, lleno de asonadas militares, levantamientos, motines populares (hasta una república socialista) y un golpe de Estado sangriento y demolidor. Si bien es cierto esa violencia se construyó de manera casi natural en una “frontera de guerra”, no es menos verídico que el propio desarrollo social y económico de la marginal “capitanía general” – nótese el concepto usado por la corona para referirse a Chile – hizo también su aporte. El desarrollo social en torno a la unidad productiva que se llamó la hacienda, hizo de esta institución, y de sus dueños, el verdadero poder político colonial (Mellafe, 2004). No es accidental que dicha unidad productiva contuviese no solo a la figura del patrón, sino también la institucionalidad religiosa – la iglesia al lado de la casa patronal – y el calabozo, como hasta hoy aún se observa en algunas casas patronales de Colchagua. El patrón era a la vez poder político, religioso y judicial. En torno a la hacienda pululaban inquilinos, vagabundos y peones que se arranchaban en los límites de la misma y en ese espacio surgió otra institución emblemática de nuestra sociedad: los niños/as huachos (Salazar, 2006). En ese dispositivo de poder se consolidó un orden social y económico que la independencia solo profundizó.

La oligarquía que triunfó en Lircay consolidó luego un orden institucional construido sobre los cadáveres de los próceres independentistas, el que anuló las provincias y centralizó las decisiones en Santiago, a pesar del poder minero en el norte, el comercial en Valparaíso y el agrícola en el Valle Central. En ese contexto no resultó fortuito que el modelo europeo germánico haya inspirado a esa generación y de allí su intento por traer razas “puras”, y por construir un orden disciplinario, “una monarquía, pero sin rey”, diría Portales, “por la razón o la fuerza” señalaría nuestro escudo nacional, que solo generó violencia a lo largo de la convulsiva centuria decimonónica y que imposibilitó el surgimiento de una democracia en forma, con un rol relevante de la oposición o disidencia. La marginalidad en que terminó sus días José Miguel Infante, o el paso de Manuel Antonio Matta desde la disidencia a la cooptación, son un buen síntoma de que en aquel régimen no había espacio para discrepar, sino solo para componer acuerdos de poder al interior de la oligarquía dominante (Ortiz y Valenzuela, 2013).

La Educación: el Arma Principal del Disciplinamiento

En el desarrollo de tal orden la educación debía cumplir un rol fundamental. De allí que la oligarquía dominante le hubiese dado tanta prioridad a la misma, a pesar de la resistencia de sus expresiones más retrógradas. En la dicotomía a la que se veían enfrentadas las incipientes naciones, Civilización o Barbarie, Chile y su dirigencia optó por hacer de la educación el vehículo que nos sacaría del atraso y del oscurantismo español (Sarmiento, 2010).

Se fundó entonces la Universidad de Chile, institución donde se formaría y prepararía la elite dirigente para controlar el Estado, por una parte, y las escuelas normales, para el disciplinamiento del “bajo pueblo”, por otro (Serrano, 1994). Pero clave era también la penitenciaría, institución que, desde el propio Bello en adelante, fue percibida como un agente moralizador. Para aquellos que alguna vez pasamos años escudriñando y oliendo el polvo de los manuscritos del archivo nacional resulta casi natural observar la similitud entre los diferentes reglamentos de cárceles, escuelas e instituciones de piedad: si se les borra su título nadie se percataría de que institución son: cuadrícula del tiempo, el papel moralizador de la religión, el taller como redentor del trabajo, la medicina como nueva terapia social y la estadística para medir a la población (Ortiz, 1996).

La escuela y la educación han desempeñado, hasta la reciente dictación de la ley de Inclusión, uno de los principales mecanismos de dominación y control social que han reproducido nuestra violencia institucional, siendo algunos de sus paroxismos el carácter patriarcal de nuestra sociedad, la exaltación de batallas sin gloria y de controvertidos héroes militares, los que, a nivel popular, también cobran expresión en la multiplicidad de bandas, desfiles y otras formas marciales que entusiasman a nuestros grupos subalternos.

El carácter patriarcal con que históricamente se construyó nuestra identidad y el papel de la violencia en nuestro devenir histórico, se traspasó luego de manera casi natural a nuestra institucionalidad. Nunca hemos tenido una carta magna que sea fruto de una profunda discusión nacional. Pero sobre todo se consagró el perfil disciplinario y reproductor de un modelo patriarcal que tuvo la escuela desde su origen, agravado por la invisibilidad social de la mujer, relegada, incluso en la élite, a roles subalternos.

Pero la mujer no fue la única víctima social del orden oligárquico. También lo han sido todos los/las niños/as huachos que pululan y desbordan de manera invisible nuestra historia patria y también todos los chacales de Nahueltoro, que en su desesperanza asesina a Rosa y sus cinco hijos para que no “sufran más”, y de paso mata a dios. El machismo se prolonga hasta hoy en nuestra cultura patriarcal, como cuando los empresarios y el entonces ministro Céspedes se exhibieron no hace mucho impúdicos en un importante evento social de ese mundo con una muñeca inflable, sin que el ministro, en el contexto de un gobierno ejercido por una presidenta feminista, pagase ningún costo, aunque más tarde fuera destituido por otras razones.

Conclusión

Se llega a esta coyuntura política en la que la legitimidad institucional está por el suelo, donde gobierno y oposición deambulan en su propia balsa de la medusa, sin agenda y sin propósitos claros, y en la que irrumpe sin pedir permiso y con mucha fuerza un movimiento feminista que reivindica, con justa razón, el fin de la violencia de género y una educación no sexista. La historiadora Ana Gálvez, relataba no hace mucho en un coloquio en San Fernando con docentes de historia que los textos de la asignatura de 1° medio otorgaban solo un 3,5 a la historia de las mujeres, en tanto que el de 2° Medio ofrecía solo un 5%.

Pero no se debe perder de vista lo que señaló hace un siglo Rosa Luxemburgo a la feminista española Belén de Zamora: la reivindicación de los derechos de la mujer forma parte de un conflicto histórico mayor contra la violencia institucional que han ejercido las oligarquías a lo largo de la historia contra aquellos, en nuestro caso, que somos parte de los grupos subalternos, el “bajo pueblo”, los “ciudadanos de a pie”, o como quiera llamárselos hoy. Si no, corremos el serio riesgo de que el modelo de dominación vigente – el neoliberalismo impuesto en origen a sangre y a fuego – pase nuevamente desapercibido como el gran responsable de todas las inequidades y quede exento de la crítica y al margen de proyectos de transformación estructural, tal como ocurrió ayer con los movimientos regionalistas, ambientalistas, No + AFP y otros, y no sean más que la moda de turno para fragmentarse y diluirse hasta tornarse irrelevantes.

La lucha de las mujeres también se inscribe, en una coyuntura crítica del establishment, de todos quienes somos golpeados diariamente por un modelo patriarcal y oligárquico de sociedad que ha hecho históricamente de la violencia su principal mecanismo de reproducción.

Referencias

Boeninger, E. (1997). *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Boisier, S. (2007). *Territorio, Estado y sociedad en Chile. La dialéctica de la descentralización: entre la geografía y la gobernabilidad*. (Tesis doctoral, Universidad de París, Francia).

Cruz Mateo Romero, M., & Saz, I. (2002). *El siglo XX. Historiografía e historia*. Valencia: PUV.

- Góngora, M.** (1981). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile. Siglos XIX y XX.* Santiago de Chile: Ediciones la Ciudad.
- Jara, A.** (1981). *Guerra y sociedad en Chile.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- López, A.** (17 de abril de 2016). La mujer y la lucha contra la dictadura. *Izquierda Diario.es.* Recuperado de <http://www.izquierdadiario.es>
- Mellafe, R.** (Agosto, 2004). Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII XVIII. *Revista de Estudios Históricos, Universidad de Chile, 1.*
- Ortiz, E.** (1997). La penitenciaría: otra aproximación a la modernidad chilena decimonónica. *Revista Última Década, 6.*
- Ortiz, E., & Valenzuela, E.** (2018) Chile, un siglo de pugna por la democratización de las regiones. Representación minimizada y centralismo transversal. *Revista de Estudios Políticos, Universidad de Antioquía.*
- Ortiz, E.** (4 de octubre de 2016). Elección de Gobernadores: la larga noche portaliana en regiones. *El Mostrador.* Recuperado de <http://elmostrador.cl>
- Salazar, G.** (2006). *Ser niño huacho en la historia de Chile (siglo xix).* Santiago de Chile: LOM.
- Sarmiento, D.** (2010). *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas.* Buenos Aires: Ediciones El Libertador.
- Serrano, S.** (1994). *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Villalobos, S.** (1989). *Portales. Una falsificación histórica.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.